

EL RAYO CUARTO

Recordando al querido maestro conocido campeón del Ideal D. Tomás Povedano de Arcos, director de la escuela de Bellas Artes de San José de Costa Rica y a su muy digna esposa D.^a Carolina Amores, en prueba de admiración y cariño.

Al joven teósofo valenciano Paquito Valera, que lucha por el renacer del Arte como dador de Vida, con todas mis simpatías.

*Sumérgete profundamente, ¡oh mente mía! en el mar de la Belleza.
Busca en las regiones del fondo, más profundamente aún, bajo
el lecho de los mares.*

Tú hallarás seguramente la joya de Prema (intenso amor a Dios).

RAMAKRISHNA.

De entre las siete líneas generales que en su ascendente convergen en un punto o sea la Unidad abarcatoria de las infinitas diversidades y especializaciones que forman la tónica dominante

e impulsora de la elevación de cada individuo, (aunque la diversidad comprenda toda la infinita ramificación humana y cada humano soplo tenga la característica de un sendero peculiar, ya que

«Los caminos que conducen hacia Dios son tan numerosos como los alientos de los hombres»)

uno, rayo de luz, cinta del iris, forma y nota, nos ofrece, por el camino incitante de nuestra fusión con él, mirando las blancuras unificadoras de la fuente única y clara de la primordial versión, la escala luminosa, impulsiva y serena, exaltada y mística a la vez, de la senda florida del Arte verdadero.

Desde la cumbre evolutiva, el panorama imponente se despilega extenso y abarcativo a los ojos osados del vencedor. Que los clarores vivos del alfa sapiente y senciente, no hieren la retina vigorosa del que mira ya cara a cara el foco promotor de la luz pura.

Pero la mirada débil de la generalidad peregrinante no concibe el acorde sinfónico y supremo fundido en el único, la múltiple variedad de las formas en la unidad sin forma, la gama infinita de los colores en la efusora sintetización del blanco generativo e incoloro.

Así están clasificados y especializados en los derroteros distintos que señala el ocultismo, los siete rayos correspondientes a las siete diversidades tónicas que abarcan, en líneas generales y bien determinadas, los siete polos correspondientes de las subdivisórias tendencias y potencias del conjuntivo espíritu humano. Mas de estos siete principios sólo puédense determinar, como sendas definidas para el hombre en su actual esfera evolutiva, el cuaternario inferior, cuyo principio arranca de las tres emanaciones fundidas del ternario superior e inmanifestable. Estos cuatro principios, (el primero de los cuales es el de la Belleza y la Armonía en su sentido descendente que dimana de Buddhi, el cuarto plano donde actúa la conciencia despierta en la septenaria constitución del hombre llamado también la envoltura de la divinidad), forman los rayos presidentes de las generales subdivisiones de las líneas humanas en evolución.

Cada uno de ellos se divide, naturalmente, en infinidad de sub-rayos y aquellos en multitud de rayitos hasta que cada uno toma su color peculiar en cada una de las distintas almas.

La unificación se diversifica, pues, adaptándose para alcanzar su más ínfimo logro en el mundo de la manifestación al grado de las conciencias preparadas y dispuestas, rompiendo al alba divina, como flores nacientes, el místico cáliz de la labor sagrada para aplicar con sus dones en ofrendas regaladas, la íntima esencia de sus almas, el color de sus pétalos, la forma de sus corolas, color, esencia, forma y alma de la vida dadora y rodeante de la cual somos una diminuta y aislada emanación.

Ha caído ya la perla, en la clépsidra oculta de los tiempos, que marca el despertar de las almas a la supremacía de la realidad, a la santidad de la vida consagrada. Y para ello, hace falta señalar a los hombres ideales concretos que, brotando en sus principios de las puras fuentes de la montaña, se deslicen en hilillos de plata por diversas vertientes para que se extienda cada una en la planicie inmensa por mil surcos fertilizantes y pueda brotar la sementera ufana, llena de vida nueva, que será el pasto naciente para el rebaño de la futura humanidad despierta.

El cuarto Rayo es, pues, en su sentido descendente, mirándolo desde la altura, el de la Belleza y la Armonía, y en su sentido descendente y humano, la senda del Arte. Pero no del Arte especializado en una o cada una de las bellas artes, sino la concreción primera, la adaptación de los dos esenciales principios fundamentales (primero y segundo rayos, Poder y Sabiduría) o mejor, la esencia unificada y efundida de los dos, las dos alas de la paloma mística que asciende en el instante de la realización o adaptabilidad (tercer Rayo) en la consagración del cuarto y primero manifestado en este plano, el de la Belleza, prototipo fundamental de la creación. Ella es el modelo múltiple y diferenciado, espectro de Dios, Logos en manifestación, y se muestra en sus galas divinales a la maravillación del artista extasiado. Y buena, pródiga, se ofrece en su prístina existencia en el sacrificio de su divino cuerpo desvelado, y sólo la percibe en sus silencios tumultuosos el genio, para que la estampe o modele, cante o rime, adorándola en la glosa infinita de la derramación de sus potencias ante el

mundo con el ímpetu generoso del surtidor de mármol que, elevando al cielo su ofrenda líquida, se desgrana en miles de gemas reverberantes a la luz para caer cantando sobre la superficie incommovible de la vida, sacudiendo con sus cantos perlados el adormecimiento de millares de almas humanas, las gotas inmóviles del lago.

Ofrecer al cielo la labor sin mácula para que se alimenten con la ofrenda purificada los hombres, esta es la tarea del que se baña en el verde reflejo del rayo del Arte.

Haremos extensivo, pues, el término Arte a toda *creación* plasmada en la región que sea, bajo el impulso aleteante de su divinidad en aras del bien y de la vida que siente y, por lo tanto, aspira. El que es capaz de crear una forma elevadora de determinado pensamiento en la volitiva materia de aquel plano y consciente la sostiene y lanza, como un dardo de luz al través de la opacidad infecta del mundo mental humano, vivificándola con la fé renovada y sostenida de la energía vitalizadora de su deseo y emoción, es un artista tan verdadero o más (pues que se remonta a los orígenes) que el amanuense, llamado artista, que se limita a reproducir la simple forma de un objeto vulgar sin la precedente y real ideología y composición sutiles que constituyen el alma viva del artista, su facultad cumbre, el nexo que, uniéndole y prendiéndolo su impulsión atrevida y personal a los mundos sutiles de la abstracción esencial, le unen, atravesando la áurea escala del pensar y del sentir, a la exponente facultad física de la obra material como artista completo, ofrendándola a la más ruda percepción de los hombres.

La senda del cuarto Rayo es muy extensa, ampliamente diversificada.

No todos pueden improvisarse artistas siguiendo los designios internos que le enamoran y lanzarse a la conquista de las formas soñadas, sujetándolas a la evidencia del plano físico, dándole cuerpo definitivo en la materialidad por medio del tecnicismo. Este es un medio, pero que constituye por sí solo toda la evolución de un principio independiente y separado. Nadie adquirirá en el plazo de una vida la aptitud material de un artista sobresaliente en una rama cualquiera de las bellas artes, que no tuviere

ya desarrolladas de antemano las espirillas correspondientes de su átomo físico por esfuerzos adquiridos en aquella dirección por la que le conducen con fuerza irreprimible, sus pasados amores y aficiones de otras vidas.

Pero esta podría ser teoría hasta cierto punto desalentadora para los que ansiando en el plazo limitado de su vida actual laborar en el momento reclamante con amplitud en el que conocen su Rayo y senda, desearan prodigar a manos llenas en el árido campo de la vida, las flores redentoras de su ideal artístico. Mas no debe ser así. La obra es infinitamente compleja. Jamás la actuación se limita para los que *quieren* actuar. La elección de las posibilidades está en el juicio supremo de los dioses. Ellos marcarán el camino, siempre de acuerdo con la más íntima y alada voluntad del alma, al que ofrezca para la labor el cuerpo, la actuación, el querer y la vida. ¿No presta el sol un color peculiar a cada flor que se le abre, como un beso que consagra la unidad de sus dos esencias encontradas? La afinidad de nuestro querer con Su querer, determinará, en la consagración del beso divino, el color y labor determinativos de nuestra futura actuación en el abrir de nuestros anhelos en flor.....

El que llevado de su afán por el luminoso despertar de la humanidad a lo Bello, forja y crea en el mundo del pensamiento prototipos definidos de su ideal, presentando un modelo de Belleza y de Virtud, dándole la forma, el movimiento y la actuación que sueña, aunque carezca en el plano físico de la aptitud para hacerlo visible, tangible o audible a los sentidos de los hombres, tal vez sea origen, rozando el movable foco potente y sensible de la elaborante concepción de un artista técnico en los mundos sutiles, de la idea que persigue, fundiéndose a sus sueños incompletos, o encendiendo su percepción alada para que prenda a su inspiración la lumbre ardiente de la grandiosa idea suspirada. Y disponiendo de los medios conductores, vestirla luego el artista en la forma de bellas galas, y la ofrecerá para el bien del mundo.

¿Quién sabe cuantos invisibles artistas ignorados han prestado por ese medio insabido un hálito de su creación inmaterial y divina al raudo verso de un poema celebrado?

Nada existiría obra de un solo hombre. Menos aún cuando la

actuación dimana del mundo originario e ideológico de la creación artística. Y cuanto más sutil es el medio en que se elabora, más estrecha, más mancomunada, más conjuntiva y menos aislada y propia es la creación en la formal sutilidad, el enlace del pensamiento que arrancamos de lo alto para hacerle florecer con la casi siempre ignorante vanidad de algo intrínsecamente nuestro, en los labios, en el correr de la pluma, en la caricia ardiente de los pinceles, o en la mágica evocación de la forma en el bloque yerto.

Todos los aspirantes son contribuyentes a las grandes obras. El día en que el hombre abra su alma a la pródiga lumbré de lo divino, se convertirá en la antorcha de la Gracia suprema y una variedad de temas grandiosos antes inconcebibles, le serán dados cuando perciba en la excelsitud de las alturas la unidad esencial de todos los seres y las cosas hermanas. Y la aptitud, entonces, no será jamás para él motivo de vanagloria, sino gloria y conciencia ante sí mismo y ante los dioses, del bien que puede ocasionar con la ofrenda de las monedas de oro que no en vano halló como un regalo en el fondo ignorado de su arca material.

El envanecimiento es, pues, una limitación que nosotros oponemos al desarrollo interno de nuestras propias potencias y a la ayuda que en la expansión desinteresada de nuestro ser, podemos percibir en súbito vislumbre del tesoro inspirativo de un deva alado o de un alma pasajera.

El Arte es una de las tres columnas básicas donde en la tierra se consagra, siglo tras siglo, en el lento peregrinar de las almas, a la infantil humanidad. El conduce a la percepción suprema de la misma faz de Dios, la Belleza, como conducen las religiones a la excelsitud de la Bondad, y la ciencia, paso tras paso, a la consecución de la Verdad, únicas bases de la trinidad cualitativa en los mundos de la efectuación y de la especialización cuya conjuntiva posesión eleva la conciencia del mundo a las místicas cumbres de lo superhumano.

El Arte, por sí solo, constituye un camino bien señalado de evolución, cual yoga especialísimo escapa al escolástico encierre de normas prefijadas. Pero puédese, no obstante, ya que no trazar líneas casi siempre cohesivas y sujetadoras para esta clase de

temperamentos (cuya tónica determinativa en el auge del círculo generador y creador es la accidental expansión del sentimiento que tiene su raíz en la sensación, percepción, contacto de lo más grosero a lo más sutil, de lo simpático que afecta lo íntimo y produce la corriente como los polos de una dinamo, y que es, por lo tanto, involuntaria en el aspecto momentáneo y accidentalmente propuesto) señalar el ideal ético que encarnarán las razas venideras ayudados por el propio sentido íntimo de perfección y por los valiosísimos auxiliares de los clarividentes instructores teósofos o no teósofos, buscando la más llana y sublimizada actuación de vida.

Este sentido íntimo es la intuición, la cualidad sintetizada, adquirida y desarrollada sólo cuando la corriente accidental productora del sentimiento ha abierto un surco definitivo y perenne, como el místico canal que une el alma individual con la Divinidad.

Imaginemos que la tierra inerte es nuestra naturaleza inferior en desarrollo. La lluvia que desciende del cielo, gota a gota, la oleada de emoción universal, soplo divino que paulatinamente, deslizándose lenta y suave, abre un surco imperceptible donde va convergiendo el agua hasta que al través del mutuo contacto y de su correr en la hendidura abierta, fluirán todas las aguas de las cumbres. Así la intuición es el lecho, es la madre por do fluye la clara corriente divina, humedeciendo, penetrando y fertilizando las orillas yertas de la inconsciente vida humana.

Esta cualidad adquirida significa el alcance de la llave única (sentir en el silencio el vagido de la divinidad naciente en el corazón) para lanzarse a la amplitud de su conquista al través de los mundos y de los cielos que abrirá un día de par en par los ojos deslumbrados el recinto de paz de la más alta Perfección.

El Arte asciende, a medida que se desarrolla la intuición en el artista para actuar libremente en el plano definitivo y propio, Buddhi, cuarto mundo correspondiente al cuarto Rayo, el del Arte. La característica de Buddhi es Amor-Sabiduría. Amor, correlativo de su inverso reflejo inferior (pasión y deseo, astral, pasando por manas, mente) sublimando entrambos en el Amor sapiente o Sabiduría amorosa, entrefundidos y enlazados.

Pero además de la intuición mentora, guía y conciencia que une lo superior con lo inferior, dando luz al pensamiento, necesita el artista (esta es su cualidad propiamente genial y artística) la excitación imaginativa para dar forma y actuación al sutil deseo y a la idea. Para provocar esa excitación en el corrientemente opaco vislumbrar del alma, emplea el artista artificialmente los morfinómacos sedantes de mil artificios desviados o nocivos para mantener la delicada sutilidad de los vehículos etéricos y provocar el enfermizo delirio, padre de los abortos artísticos que ejemplarizan las mentes débiles dejándolas degeneradas o exhaustas.

La imaginación es el mundo oculto en donde actúa el artista, el vasto campamento en guerra que debe dirigir, oteando, estrategia de sí propio, *manteniéndose ajeno a la batalla*, desde la encumbrada altura de su consciente voluntad, dominando el extenso panorama de su alma. La loca rebelde para el espíritu débil, es la sumisa clarividente que pasma con la realeza y la ternura de sus sueños para el que encauza y educa sus impulsiones creadoras, Prometeo en cada alma que roba a los cielos el fuego de los dioses para alumbrar la obscuridad del mundo.

El objeto del Arte no debe ser en modo alguno retratar fielmente el cuerpo de lo existente, sin trasladar el alma y la vida con amor al través de nuestra propia vida y alma, ni tampoco ese desprecio por las cosas creadas, despreciando las maravillas vivientes que nos circundan y llaman, para señalar con tendencia progresiva y única, precipitando la evolución normal y la vida misma, un instante de las cosas por venir sin otro objeto que un alarde de clarividencia injustificada. No negaré la inmensa utilidad de adelantarnos al torbellino materialista de las actuales circunstancias con nuevos estados de vida y de pensamiento. Pero el Arte debe ser más que nada, un canto a la vida existente, el realce de lo que tiene de bueno y santo sin anular su propio sello y personalidad, la glosa elevadora de los estados puros de la tónica atravesante, espiritualización (jamás desvío) de la corriente del pensamiento dominante. El arte verdadero es, si cabe la paradoja, el alma material de las mismas cosas, el divinizador de lo aparente. Y ese objetivo puramente espiritual del artista es el que se descubre en ese enigma que constituye su encanto, ese algo que llama-

sin voz, que enamora sin promesas, que da seguridad de algo supremo al alma con sólo la sílaba primera del nombre que balbucea.

El Arte tiene un poder de seducción extraordinario para el hombre, porque es la llamada de su propio Yo superior, siendo el reflejo de la superioridad inspirativa del artista y le arrastra y le eleva a las esferas de la unidad en la fusión de la misma esencialidad de los espíritus en el Espíritu. Y la atracción subjetiva que del Arte emana, si es elevado, posee, por ley consecuente, el poder supremo de despertar esa parte divina del hombre. Este es un ser complejo que evoluciona y camina por extremos, en forma de oleadas internas. El Arte es fruto de la inspiración o intromisión del soplo divino en la capacidad intuitiva del hombre por el esfuerzo de sus anhelos, logrando el contacto por el ímpetu de su ascenso y la gracia del divino don descendido.

Inspiración es, pues, el cénit de la espiral evolucionante del hombre mismo, el momento de mayor flujo espiritual en la materia. El Arte puede ser el objetivo que retrata este instante y que perdura y sirve al propio artista de mentor en el reflujo natural de su mismo estado idiosincrásico. El ejemplo constante de su vida, y el de la vida de los demás.

Ahora bien; está en nuestro poder alargar y perdurar en nosotros este estado fugaz de inspiración y hacerle por el esfuerzo individual un estado más permanente del alma. Cuanto más se sume en la materialidad el hombre, menos goza del alto esplendor del cielo del flujo; cuanto más se remonta, más lo alcanza.

El Arte, para ser eterno y firme debe asentarse sobre las bases de las leyes inmutables de la vida y del hombre, presentándolas y exteriorizándolas en ropajes bellos, efectividad y eternización de la ofrenda mítica del rico peplo a la divina Athenea, la Sabiduría divina en las fiestas Panatheneas, por los antiguos helenos. El Arte debe ser el ropaje bello que envuelva a la vida como un tributo del hombre a la Sabiduría de Dios y de los dioses. Los artistas del porvenir crearán un Arte realista y espiritualista a la vez y sinónimamente, que la realidad no es patrimonio de una sola y grosera modalidad de la vida, pues tan real es para el clarividente la etérea verdad de sus visiones, como para el labrador el terruño que labra, y para el nadador el río que atraviesa.

Las modernas tendencias desviadas del impresionismo, intentan marcar el arte de concentración y de plenitud, visualidad abarcatoria y conjuntiva en oposición al detallismo enloquecedor de los técnicos pasados. El Arte de hoy debe ser trasunto y reflejo de nuestra época que al través de sus ansias febricitantes llama, aun sin saberlo, un porvenir de democracias donde cada nota humana lanzará su canto al aire en la plena libertad de una atmósfera libre de opresoras limitaciones. El siglo exige, se inquieta ante el desolado panorama de negación y de tristeza que la presente humanidad señala a la humanidad que viene. El Arte debe cumplir su misión elevadora, cantando la alegría del revivir ante las cosas eternas, desdeñando los ficticios senderos que señala el decadentismo con su séquito absurdo de disfraces irrisorios. Hace falta un Arte de exuberancias y de valentías que integre y prodigue el principio espiritual inmanente en todas las cosas por medio de la comprensión y absorción de la Belleza, que es sol de conocimiento y guía del humano espíritu.

La vida es sencilla. Sencilla debemos hacerla, blanca como un sendero de nieve jamás hollada. Para ello debemos apelar a la clave que el esoterismo pasado vedó a los profanos y que se muestra hoy como una Isis develada, como una Venus en la concha abierta sólo al que pida, al que llame, al que ansie prodigar al mundo haciéndola visible y patente, la dádiva de Belleza y de Virtud que prestan de su patrimonio los dioses a sus hijos los hombres. Antiguamente el Arte dió vida al mito muerto de las religiones positivas. El Arte de mañana, inspirándose en lo abstracto, eternizará la religión de la vida, la santidad de su misión sagrada, la alegría y la gloria de ser parte integrante de la inmensidad inabarcable y vislumbrada.

Hagamos el ensayo de la unidad y contacto de nuestro ser con los fragmentos de eternidad que nos rodean. *Asomémonos a la Naturaleza*. Besemos las cosas, y ellas nos devolverán el cálido beso de sus almitas confiadas. Y aprenderemos la lección de la vida en el libro inmenso de la Naturaleza que escribe con estrellas y nubes, con montañas y mares, con pájaros y flores en las páginas cambiantes e inmensurables del infinito.

Y para lograr el secreto íntimo que a nuestros oídos derra-

marán las cosas para poder cantar la íntima enseñanza de su historia a la sed de conocimiento y de amor inextinguible en el corazón de los hombres, como el regalo de la fresca lluvia en el estío ardiente, debemos empezar por amarlas todas con un amor tierno y exaltado, de plenitud y de atenciones, mirándolas con la abierta maravillosidad con que saben mirarlas y amarlas los niños.

Y las cosas, riendo o llorando, nos contarán con sus vocecitas tenues, en la confiada intimidad de las almas comprendidas, por el milagro de simpatía, todas sus alegrías y todos sus dolores. Cada una de ellas a la que nos acerquemos con ternura, nos dirá el enigma del por qué de su existencia, que será un tema alado donde levantar muy alto en su nombre un poema inmortal al in-formulado Canto de la Vida.

Todo, hasta el átomo perdido en la inmensidad, tiene integrada en su esencia íntima, en la demostración de su ser, una novela en esbozo que forma parte intrínseca de la epopeya en desarrollo de la conciencia del universo: Tan complicada es su vida infinitesimal que apenas se mueve, que nadie percibe, como la ruta soberbia del sol que nos alumbra. La falta de percepción estriba únicamente en nuestra limitación por verlas y comprenderlas. Pero la voluntad es la mentora del desarrollo de nuestra alma al través del correr de las vidas. Nada somos que no hayamos querido lograr. Así, para alcanzar poder sobre las cosas vivientes o inanimadas, debemos comenzar por interesarnos por ellas, observarlas, quererlas, admirarlas, descifrar con la fuerza del pensamiento el misterio que encierran. Primero, levantando una historia imaginada en nuestra mente como una prueba de nuestro interés por ellas, y ofrecérsela. Entonces sonreirán a la ofrenda sintiendo nacer en lo más hondo, por la atención prestada, la dignidad de su dios interno y serán al unísono para nosotros el motivo de desarrollo para la adquisición del conocimiento certero.

La contemplación *activa* de la naturaleza con sus furores y sus calmas, con su serenidad y sus exaltaciones y el estudio consciente y sostenido de los hombres y de las mil vidas pululantes, darán luz a los sentidos internos del artista y todo cantará al cantor divino para que ensalce, al compás de su flauta mágica, el por qué de su querer y de su vivir.

Y al renacer el espíritu limpio del artista en la cuna inmaculada de la vida espiritual y eterna, como el cáliz dorado entre los pétalos de un loto recién abierto, olvidado de sí propio ante la asombrosa maravilla de lo existente, anulará en la expansión de su amor a todo, condensado en himnos, las quimeras pasadas de sus mezquinas limitaciones que antes glosara.

Y entonces, con la apolínea lira en el brazo izquierdo, el sagrado heptacorda de los cantores órficos, vagará triunfador por las selvas ignoradas entre las fieras sumisas, y la vibración de las cuerdas de oro romperá las negras nubes de la tempestad, sonriendo al saludo del sol, y a la orilla del mar embravecido, trocará en arrullos los furores de las olas.

El artista, para serlo ante los hombres y ante Dios, debe ser el eterno amante de todas las cosas.

Y más grande que el místico de Asís, más héroe que santo, en su humanismo exaltado y divino, semejante a un dios pagano, cantará al compás de los metálicos sonos: amadas piedras, amados pájaros, amada encina, amado lobo; montañas, fuentes, mares, almas, flores, estrellas adoradas.....

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.